

III

CAPÍTULO XX.

EL SOL DE MAYO!!!

I.

Estamos en las primeras horas del 5 de Mayo de 1862.

Los celages de la mañana comienzan á sonrosarse en el confín de un horizonte claro por las brisas purísimas de la madrugada.

En el fondo del cielo levanta su frente la *Malintzint* como la deidad ante la cual se prosternaron nuestros mayores, y mas allá esos dos gigantes hermanos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el *Popocatepetl* y el *Ixtlacihuatl!*

El Atoyac corre tranquilo rompiendo en las márgenes de flores sus cristales transparentes.

La lluvia de la noche convertida en perlas y brillantes oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La estension está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo á desaparecer y dejando limpia y trasparente esa gaza que media entre el cielo y el abismo.



lit de H. Inarte

5 DE MAYO DE 1862.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza á iluminar su blanco caserío, y sus agujas se destacan con magestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer, se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazón de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hácia el Oriente.

Aquel mónstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho de su enemigo.

Todo aquel ruido sombrío se apaga, y el silencio recobra su magestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mañana por aquellas rocas, no sospecharia ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

II.

Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad, y las montañas, y la llanura, y vibrando en un cambiante de gloria sobre las armas de nuestro ejército, y dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerandos nacidos en la hora primera de nuestra independencia! ----

Las sonoras campanas de la basílica dieron el toque del *Ave María*, y como si aquel toque hubiese sido, no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba á combatir rompieron en sonos marciales, á los que respon-

dieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas.

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y se desplegaba sobre el campo de la lid llamando á la lucha á sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz habia sido llamada por Dios en el cuarto dia del *Génesis*, llevaria la gloriosa memoria de una batalla á las regiones occidentales.

III.

La verdad histórica suple en esta vez á la imaginación del novelista: oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hácia la parte occidental de su campamento.

La ala derecha de su línea la cubren los invencibles cuerpos de Oajaca, los compañeros de aquellos valientes que guardan las tumbas abiertas por el incendio en San Andrés Chalchicomula.

Allí se ostentan los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oajaca.

El centro, que es el lugar de honor, lo ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete á la cabeza de 1,200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates y se sentia capaz de afrontar el choque enemigo por formidable que fuese.

La artillería sobrante se situó sobre los fortines de la ciudad. Zaragoza asumió entónces la actitud histórica que determinó

en ese dia su gigante figura en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz habia algo de sombrío.

Napoleon I estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.

IV.

Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantáneamente una detonación.

El enemigo estaba á la vista!

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad, é hizo discurrir un frio terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba á la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en su cerebro, y la inspiración cernió sus alas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos ijares de su corcel y se avanzó á sus soldados, que yacian inmóviles viendo el camino por donde comenzaba á aparecer el enemigo.

—Soldados! gritó con voz de trueno; os habeis portado como héroes combatiendo por la Reforma, vuestros esfuerzos han sido coronados siempre del mejor éxito, y no una, sino infinidad de veces habeis hecho doblar la cerviz á vuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalupe y Calpulalpam, son nombres que habeis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais á pelear por un objeto sagrado; vais á pelear por la Patria, y yo me prometo que en la presente jornada, le conquistareis un dia de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatár vuestra patria.

Soldados!----- *leo en vuestra frente la victoria.* Fe y---- viva la independencia nacional!----- viva la patria!

Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrasador de la esperanza!

Zaragoza recorrió la línea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo, una esperanza para el porvenir.

Las dianas, las músicas, los gritos de entusiasmo, se sucedían como el fuego de la erupción.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate.

Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella fiesta patriótica calló repentinamente al toque de atención dado por el clarín de órdenes del general.

V.

Las guerrillas de caballería venían batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó á lo largo del camino iniciándose la batalla frente á la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa se cargó á su flanco derecho y en su movimiento oblicuo llegó al pié del cerro de Amalucan, apoyándose en la hacienda de los Alamos, mientras sus baterías se situaron convenientemente frente á las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco, y con la rapidez del rayo dió otro orden á su batalla.

Berriozábal, con la division de México, ascendió á paso ve-

loz por las rocas, y se situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra á ese bravo general el orden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Alvarez, con los carabineros, cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha, formando ángulo con los fortines, se extendía la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe á la plaza de Roman, frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro y sobre el camino que sale para la garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid, que se prolongaba en línea de batalla hasta la iglesia de los Remedios.

Cerraba el costado derecho la division de Oajaca, apoyada en la plazuela de Roman con su dotacion de artillería, y á la espalda los escuadrones de Toluca y Oajaca.

Tal era la situacion de los combatientes momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo á su Cuartel-Maestre:

—Señor general, las *once y tres cuartos.*

A esa hora habia comenzado la batalla de Waterloo.

VI.

De aquella nube tormentosa posada en la cima de Amalucan se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder á la catarata.

Los zuavos se desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se replegan hasta ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de á mil hombres caminan sobre su flanco derecho en direccion al cerro de Guadalupe.

Pasan á lo largo del pié de la montaña siempre en movimiento oblicuo, hasta ponerse á tiro de cañon de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia, no desmentían esa fama que ha llegado al apoteosis; caminaban serenos, impassibles, arrastrando en su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio aquel huracan de proyectiles, y responden á la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atravesaban lentas y silenciosas el espacio de Rementería que media entre Amalucan y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendían por las rocas ocultándose de los defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo, y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la division Berriozábal se lanzó como el huracan al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron, y la sangre corrió á torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en buen orden, hasta ponerse fuera de tiro.

VII.

Un momento bastó para que se repusieran en su moral, los

clarines tocaban á ataque y las columnas tornaron á embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperacion de la derrota, desafiaban á la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba á paso de carga en medio de una tormenta de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce y nuestra línea de batalla permanecía como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimientos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea que los recibe á la bayoneta.

Negrete, que habia mandado á los zacapoaxtlas ponerse pecho á tierra, gritó con ese acento que Dios le presta solo á los buenos hijos de una patria agonizante:

—Ahora, en nombre de Dios, nosotros!

Aquella voz fué la evocacion sagrada al genio de la victoria, porque la columna francesa fué arrollada completamente y puesta en dispersion.

La gritería, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del frances se mezclaba la aguda *gama* del zacapoaxtla y el grito burlon de nuestros soldados del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y los clamores de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo avisa al general Álvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna, que con una serenidad admirable se replega á su campo batándose en retirada.

No habian pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

VIII.

Laurencez estaba perdido y desmoralizado, dos ataques con un éxito desgraciado lo tenían casi demente.

Se propone dar un último asalto, pero simultáneo, buscando de dos probabilidades una de éxito favorable.

Organiza una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna á dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha de la batalla de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate á la bayoneta.

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionan de ella, y son arrojados por los zapadores; la tornan á recobrar, y una lucha mas sangrienta aún se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre los zuavos y se bate cuerpo á cuerpo con el arrogante soldado frances, y el guion de los zuavos pasa á sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazón.

—Señor general, gritaba Haro á Laurencez, habeis perdido en tres encuentros; dadme las fuerzas que os quedan, y me comprometo á tomar la ciudad por el lado del Cármen; ha sucedido lo que anoche os he pronosticado, el orgullo militar os ha perdido.

—Y quién sois vos, gritó Laurencez, para atreveros á un general del ejército frances?

—No es tiempo de recriminaciones, reunid vuestra gente y emprended el ataque cómo os indico, porque esa columna que va sobre Guadalupe será derrotada irremisiblemente.

—Callad, caballero, y dejadme; aun tengo fé en mis soldados.

—Haced que se bata todo el 99 de línea, aun podeis preferir una victoria.

—Y con qué me retiro? dijo Laurencez sin pensar en la prenda que habia soltado.

Haro y Almonte se vieron con asombro, Laurencez tenia razon.

Los mexicanos que militaban á la órden de los franceses, estaban admirados, no podian creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creían presa de una pesadilla horrible.

IX.

Las nubes se habian condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Oscurecióse el cielo y una sombra oscura cayó sobre aquel campo escarvado y lleno de cadáveres.

Desprendióse una horrible tormenta confundiendo los truenos del rayo con las detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó á torrentes envolviendo á los batalladores.

La lluvia habia determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendia con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar el asalto.

Comprometiése el combate de una manera terrible; Zaragoza, que veia lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió á paso veloz al batallon Reforma en auxilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos saltaron las trincheras, jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto habia una pieza de batalla que hacia un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenia en las manos el proyectil que iba á colocar en la boca del cañon, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo habia llegado al parapeto.

Tras de aquel hombre venia una multitud, que una vez apoderados del fortin, levantarían la moral de su ejército y se perdia en un instante la gloria adquirida á costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil á la cabeza de su adversario, que herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló á los franceses y se gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habian tocado con sus manos las piedras de los fortines, no sobrevivieron á la catástrofe de su ejército ni á la vergüenza de su bandera.

X.

Cuando las columnas enviadas por Laurencez llegaban á los fortines de Guadalupe y Loreto, las fuerzas francesas se destacaban á la posicion del general Diaz, avanzando protegidas por un escuadron y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en auxilio del batallon de San Luis que estaba á punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna al batallon Guerrero á las órdenes de Jimenez, desplegando instantáneamente su batalla ganando el terreno á los franceses.

Empeñóse un sério combate siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habian adelantado tanto hácia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna á quedar aislada y comprometida; entonces el general Diaz envió á los batallones primero y segundo de Oajaca, al mando de Espinosa y Loaeza, dando un impulso formidable con aquel auxilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecia.

El éxito alentó al joven caudillo, que destacó al batallon Morelos, reserva de la línea y mandado por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó la izquierda, y por la derecha envió á Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oajaca.

Diaz quedó dueño del campo, y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez bajan de Guadalupe esparcidas y en completa dispersion, rechazadas en su última intentona y replegándose á la hacienda de San José.

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente á la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender á sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersion, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperado como un miserable, sin atreverse á levantarse la tapa de los sesos como Lord Raglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reducto de Malakoff.

XI.

La tempestad se habia alejado en el horizonte arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendabal.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al occidente, inundaban la estension reflejando en visos de escarlata sobre los volcanes y estendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba á vuelo, la poblacion acudia en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El general Zaragoza, que habia permanecido durante la accion en la iglesia de los Remedios, desde donde habia dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heroicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una palabra, embargado por la mas santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensacion, los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienes circundadas con el laureo inmarcesible de la victoria.

El *sol de Mayo* alumbraba aquella grandiosa escena y se tendia en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoracion de un ejército y semidios en el templo de la patria.

XII.

El pabellon tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se habia levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, prosternando á su paso á las naciones aguerridas del viejo continente.

Habia llamado desde lo alto de sus glorias al génio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrion para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas á sus laureles en la mas negra de las derrotas.

De hoy mas el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nacion francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de Mayo, aniversario de la muerte de Napoleon I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el cuartel de los Inválidos á orillas del Sena.

CAPÍTULO XXI.

De las no muy gratas noticias que recibieron los señores intervencionistas la tarde del 5 de Mayo de 1862.

I.

Terribles horas de agitacion y de agonía iban trascurridas desde que el general Zaragoza anunció que los franceses estaban á la vista.

La multitud estaba agolpada en la oficina del telégrafo, y cada vez que la electricidad tocaba los conductores de la máquina, los corazones se estremecian como si el rayo se deslizase por aquel alambre misterioso.

La ciudad estaba calenturienta esperando por momentos que se velase en el silencio del gabinete algun telégrama.

Juarez habia prometido al pueblo comunicar la verdad de los hechos, porque ninguno mejor que él sabria apreciar la situacion y prepararse para las eventualidades de la fortuna.

Los partes de la batalla eran alarmantes, estaban impregnados de aquella ansiedad, que aunque disimulada, preocupaba altamente el espíritu de Zaragoza.